

del Petrarca, con motivo del centenario quinto de su muerte.

Muchas ciudades y muchas sociedades literarias de Italia enviarán delegados que las representen en las fiestas. Entre éstos vendrá M. Nigra.

En esta ciudad reemplaza al Consejo municipal elegido una comision municipal, nombrada, segun es costumbre, por uno de los más célebres prefectos del orden moral, y esta comision será la encargada de recibir á los patriotas que la Italia nos envíe.

Creemos que es importante que una mano gloriosa y verdaderamente fraterna pueda, en nombre de los republicanos de Francia, estrechar la mano que van á tendernos los hijos de una nacion á la que quisiéramos atestiguar sinceros sentimientos de simpatía: nos enorgulleceria que Avignon pudiese hablar con la voz de nuestro primer poeta á los conciudadanos del poeta y del patriota Petrarca.

Italia entonces oiria un lenguaje verdaderamente francés, que expresaria dignamente el cambio de sentimientos que deben unir á las dos grandes naciones.

En estas circunstancias y con esta idea, para dar á las fiestas oficiales su verdadero alcance, un grupo considerable de amigos, que representan la democracia y la juventud de este pais, me han encargado que os dirija esta carta, invitándoos á que vengais á pasar con nosotros los dias 18, 19 y 20 de Julio. Celebraremos la verdadera fiesta si os dignais aceptar esta invitacion, y para todo el Mediodía de Francia vuestra visita tendrá significacion fecunda y trascendental.

Esperamos que la aceptareis y nos regocijamos de antemano: dignaos, querido y gran ciudadano, recibir en mi nombre y en el de mis amigos la expresion de nuestra respetuosa y profunda admiracion.

SAINT-MARTIN,

Consejero general de Vancluse, ex-re-
dactor en jefe de la *Democracia*
del Mediodía.»

Paris 18 Julio 1874.

Honorable conciudadano:

La noble y gloriosa invitacion que me habeis trasmitido me emocionó profundamente; pero me apesadumbra no poder aceptarla por tener que asistir á mi nieto, que está aun convaleciente de una enfermedad grave.

Me halaga que se acuerde de mí la valiente democracia del Mediodía, que es como la vanguardia de la democracia universal, y en la que piensa todo el mundo cada vez que oye la *Marsellesa*. La *Marsellesa* es la voz del Mediodía y es tambien la voz del porvenir.

Siento no estar con vosotros en las fiestas; me hubiera enorgullecido recibir á nuestros hermanos los generosos italianos, que acudirán á festejar al Petrarca en el pais de Voltaire. Pero desde lejos presenciare conmovido esa solemnidad, que fijará la atencion del mundo civilizado. Petrarca, que fué la aureola de un siglo tenebroso, no perderá su claridad en el Mediodía del progreso del siglo diez y nueve.

Felicito á Avignon, que durante tres dias memorables vá á ofrecer ilustre espectáculo. Puede decirse que Roma y Paris van á encontrarse: Roma, que consagra al Petrarca, y Paris, que derribó la Bastilla; Roma, que corona á los poetas, y Paris, que destrona á los reyes; Roma, que glorifica al pensamiento humano, y Paris, que lo emancipa.

Es soberbia la reunion de las dos ciudades madres. El abrazo de las dos ideas es patético y tranquilizador. Es magnífico que Roma y Paris fraternicen en la santa comunión democrática. Las aclamaciones que allí suenen darán toda su significacion á este encuentro. Avignon, la ciudad pontifical y popular, será el lazo de union entre las dos capitales del pasado y del porvenir.

Nos representais muy bien, ciudadanos de Vancluse, en esa fiesta, que es nacional para las dos naciones; sois dignos de hacer á Italia el saludo de Francia. Comenzais á bosquejar la majestuosa República federal del continente.

Petrarca fué una lumbrera en su época, y es magnífico que su claridad naciera del amor. Amó á una mujer y encantó al mundo. Petrarca es una especie de Platon de la poesia; posee lo que puede llamarse sutilidad del corazon y al mismo tiempo profundidad del espíritu; es amante y pensador, es poeta y filósofo.

Petrarca es uno de los raros ejemplos del poeta feliz. Viviendo le comprendieron, privilegio que no gozaron Homero, Esquilo ni Shakespeare. Ni le calumniaron, ni le silbaron, ni le dilapidaron. Petrarca gozó en el mundo de todas las glorias del génio; del respeto de los Papas, del entusiasmo de los pueblos, de lluvias de flores cuando pasaba por las calles, de ver ceñida la frente con el lau-

rel de oro, como un emperador; del Capitolio, como un dios. Pero digamos virilmente la verdad: le faltó ser desgraciado. Prefiero á su traje de púrpura el cayado del Dante. Falta á Petrarca ese no sé qué trágico, que añade á la grandeza de los poetas no sé qué cima negra que marca siempre la cumbre más alta del génio. Le falta el insulto, el llanto, la afrenta y la persecucion. En la gloria, el Dante sobrepuja al Petrarca, el destierro sobrepuja al triunfo.

VICTOR HUGO.

XVII.

La cuestion de la paz reemplazada por la cuestion de la guerra.

A LOS MIEMBROS DEL CONGRESO DE LA PAZ EN GINEBRA.

Paris 4 Setiembre 1874.

Queridos ciudadanos de la República de Europa.

Deseais afectuosamente que asista al Congreso de Ginebra, y me apesadumbra no poder cumplir vuestra invitacion, que me honra. Si hoy hubiera podido pronunciar algunas palabras ante vosotros, versarian tambien sobre la gran cuestion de la paz universal, añadiendo algo á lo que indiqué en el Congreso de Lausana. En la actualidad, lo que entonces presentaba mal cariz hoy lo presenta peor; se ha agravado terriblemente; el problema de la paz tiene que luchar con el inmenso enigma de la guerra.

El *quidquid delirant reges* ha producido su efecto. Donde antes solo se entreveian fraternidades y esperanzas, hoy se ven grandes amenazas; nos entorpecen una serie de catástrofes que se engendran unas á otras y que habrá que pasar por ellas; será preciso llegar hasta el fin de esa cadena.

Esa cadena la han forjado dos hombres, Luis Bonaparte y Guillermo, pseudónimos los dos, porque detrás de Guillermo está Bismarck y detrás de Luis Bonaparte Maquiavelo. La lógica de los hechos violentos nunca se desmiente; el despotismo se transforma, esto es, se renueva y muda de sitio, esto es, se fortifica; el imperio militar ha conducido al imperio gótico, y desde Francia ha pasado á Alemania. Allí es donde hoy está el obstáculo. Nos vemos en la necesidad

de deshacer todo lo hecho. Entre el porvenir y nosotros nos encontramos con una interposicion fatal. No podemos hoy entrever la paz más que al través de un choque y más allá de un combate inexorable. La paz será indudablemente el porvenir, pero no es el presente. La situacion actual está llena de odio sombrío.

Odio que lo produce haber recibido un bofetón.

Quién fué el abofeteado? El mundo entero. Herir á Francia en las mejillas es ruborizar la frente de todos los pueblos, porque es afrentar á su madre. De esto ha nacido el odio, el odio antiguo y eterno de los vencidos á los vencedores; el odio de pueblos á reyes, porque los reyes son vencedores y los pueblos vencidos; odio que es reciproco y sin más salida que el duelo.

Duelo entre dos naciones? No, porque la Francia y la Alemania son hermanas; el duelo es entre dos principios, entre la República y el imperio.

La cuestion está ya entablada: á una parte la monarquía germánica, á la otra los Estados-Unidos de Europa. El encuentro de los dos principios es inevitable, y ya se distinguen en el profundo porvenir los dos frentes de batalla; en uno todos los reinos y en el otro todas las pátrias.

¿Podrá retardarse mucho tiempo ese duelo? ¿Podrá dársele otra solucion algun dia? Si se empeña la colosal batalla, sobrevendrá lamentable conflicto para el género humano. La Francia no puede atacar á ningun pueblo sin ser fratricida, y ningun pueblo puede atacar á la Francia sin ser parricida.

Nosotros, preparadores de los hechos futuros, hubiéramos deseado otra solucion, pero los acontecimientos nos lo impiden; caminan al mismo fin que nosotros, pero por diferentes caminos. Nosotros emplearíamos la paz y ellos emplean la guerra. Por desconocidos motivos prefieren esta clase de soluciones. Por eso es imposible que no se entristezca profundamente el filósofo: lo que hace constar dolorosamente, lo que no puede negar, es el encadenamiento de los hechos, su necesidad y su fatalidad. Los desastres tienen su álgebra.

En pocas palabras voy á resumir esos hechos.

La Francia ha sido humillada. En estos momentos se ha abierto en ella una llaga doble; en el territorio y en el honor: no puede quedar así. Contemplando

á Sedán no es posible que duerma, como tampoco puede dormir cuando piensa en Metz y en Estrasburgo.

La guerra de 1870 empezó por una emboscada y terminó por un hecho violento de fuerza. Los que dieron el golpe no previeron las represalias, que estas son las faltas de los hombres de Estado. Les pierde el deslumbramiento de la victoria. El que no vé más que la fuerza, está ciego para ver el derecho. La Francia tiene derecho á la Alsacia y á la Lorena. Por qué? Porque la Alsacia y la Lorena tienen derecho á la Francia. Porque los pueblos tienen derecho á la luz y no á la oscuridad. Todo se inclina en estos momentos hácia la Alemania, produciendo grave desórden. Esta ruptura de equilibrio debe cesar. Los pueblos lo conocen y están inquietos; se sienten el malestar universal. Como dije en Burdeos, desde el tratado de Paris ha empezado el insomnio del mundo.

El mundo no puede aceptar que disminuya la Francia. La solidaridad de los pueblos, que hubiera establecido la paz, promoverá la guerra. La Francia es en cierto modo una propiedad humana; pertenece á todos, como antiguamente Atenas y Roma. Nunca se insistirá bastante en pregonar estas realidades. Ved los prodigios de la solidaridad. El día que la Francia tuvo que pagar cinco mil millones, el mundo le ofreció cuarenta y cinco mil. Este resultado es más que un hecho de crédito, es un hecho de civilización. Despues de pagar los cinco mil millones, Berlin no será más rico, ni Paris más pobre. ¿Por qué? Porque Paris es necesario y Berlin no, y solo es rico el que es útil.

Escribiendo esto no me creo francés, me creo hombre.

Veamos sin ilusion y sin cólera la situacion tal como es. Se dijo: *Delenda Carthago*; ahora es preciso decir: *Servanda Gallia*.

Cuando se hace una herida á la Francia se desangra la civilización. Se ha cometido un crimen con Francia; la han hecho sufrir los reyes la cantidad posible de mortandad en un pueblo. Es preciso que los reyes expíen esta mala accion, de la que saldrá la guerra; es preciso que los pueblos la reparen, y de su reparacion saldrá la fraternidad. Reparacion en este caso quiere decir federacion. El desenlace de esta crisis lo traerán los Estados-Unidos de Europa. El triunfo definitivo lo conseguirá el pue-

blo, esto es, la libertad; esto es, Dios; esto es, la paz.

Esperemos.

Recibid mi cordial saludo, queridos ciudadanos de la pátria universal.

VÍCTOR HUGO.

XVIII.

Exequias de Mad. Paul Meurice.

Extractamos de *Le Rappel* del 16 de Noviembre de 1874 lo siguiente:

"Inmenso acompañamiento condujo ayer á la última morada á Mad. Paul Meurice. Iba detrás del coche fúnebre su desconsolado esposo, llevando á la derecha á Víctor Hugo; seguian despues diputados, periodistas, literatos, artistas, formando numeroso grupo, por lo que nos abstenemos de nombrarlos, y detrás multitud de amigos desconocidos, porque nadie podrá impedir que el generoso pueblo de Paris ame á los que le aman, ni que se lo atestigüe en cuantas ocasiones se le presenten.

El cortejo fúnebre se dirigió desde la casa mortuoria al cementerio del Padre Lachaise. Al llegar allí, al depositar en tierra el féretro, Víctor Hugo pronunció las siguientes palabras:

"La mujer á quien venimos á tributar el supremo saludo honró á su sexo; fué brava y tierna; estaba dotada de todas las gracias para amar y de todas las fuerzas para sufrir: deja en la soledad al compañero de su vida, á Paul Meurice, espíritu radiante y digno, uno de los hombres más nobles de esta época. Inclinémonos ante la tumba venerable.

Fuí testigo de su casamiento; conocí á los dos jóvenes, ella hermosa, él radiante, asociarse ante la ley humana y la ley divina para siempre al entregarse la mano. Presenció la entrada de sus dos almas en el amor, que es la verdadera entrada en la vida. ¿Es su salida lo que hoy presenciarnos? No; que el corazón que permanece en el mundo continúa amando, y el alma que se ausenta continúa viviendo. La muerte también es una entrada; no ya en el amor, porque el amor en la tierra es completo, sino en la claridad suprema.

Desde que se juntaron sus dos almas hasta hoy, se apoyaron una en la otra. Por desgraciada que sea la existencia, es agradable atravesarla así. Esa admirable mujer, pintora, música, artista, recibió

de la naturaleza todos esos dones, pero le enorgullecía sobre todo el reflejo de la fama de su esposo, tomaba gran parte en sus éxitos; era feliz oyendo los aplausos que le tributaban; asistía sonriendo á las espléndidas fiestas del teatro, en las que proclamaban el nombre de Paul Meurice aclamaciones entusiastas; estaba orgullosa de comprender que vivirían en el porvenir las obras excelentes, que ocuparán en la literatura de nuestro siglo un sitio luminoso de gloria. Cuando llegaron para ella los tiempos de prueba, los sufrió estóicamente. En nuestros días, en muchas ocasiones el escritor tiene que ser combatiente. ¡Desgraciado el talento sin conciencia! La poesía debe ser una virtud. Paul Meurice es una de esas almas transparentes, en cuyo fondo se vé el deber. Paul Meurice es apasionado de la libertad, del progreso, de la verdad y de la justicia; por eso sufrió sus consecuencias; por eso estuvo encarcelado. Su mujer comprendió esta nueva gloria, y desde ese día, siendo antes buena, llegó á ser grande.

Más tarde, cuando llegaron los desastres, cuando la prueba que se había de sufrir tomó las proporciones de una calamidad pública, se prestó voluntariamente á todas las abnegaciones y á todos los sacrificios.

La historia de este siglo encierra días inolvidables.

Hay momentos que en la humanidad aparece cierta sublimidad de la mujer; en los momentos en que la historia es terrible, parece que el alma de la mujer quiera aprovecharse de la ocasion y dar ejemplo al alma del hombre. En la antigüedad se destaca de esta manera la mujer romana, y en la edad moderna la mujer francesa. El sitio de Paris nos ha demostrado hasta dónde puede llegar en la mujer la dignidad, la firmeza, la aceptación de las privaciones y de las miserias y la alegría en las angustias. El fondo del alma de la mujer francesa lo forma una mezcla heroica de familia y de pátria.

La generosa mujer que encierra ese ataúd poseía esas grandezas, que yo he presenciado, por haber sido su huésped en los días trágicos. Mientras que su bravo esposo cumplía con la ruda y doble tarea de escritor y de soldado, ella se levantaba antes de amanecer; iba, de noche aun, lloviendo, helando, sobre la nieve, á esperar durante largas horas, como otras nobles mujeres del pueblo, á las puertas de las tahonas y de las car-

nicerías, para traernos el alimento y la alegría. Porque dá la más pura y verdadera de todas las alegrías cumplir con el deber. Se encuentra un ideal de la mujer en Isaías y otro en Juvenal; las mujeres de Paris han realizado esos dos ideales; tuvieron coraje, que es más que bravura, y paciencia, que es más que coraje; tuvieron ante el peligro intrepidez y ternura; inspiraron á los combatientes desesperados el ánimo que dan sus sonrisas, y no les pudieron vencer. Como sus maridos, como sus hijos, quisieron luchar hasta última hora con un enemigo salvaje, desafiando el obús y la metralla y los rigores de un invierno de cinco meses, rechazando siempre la idea de que se rindiera la ciudad. Veneremos á Paris, que produce tales mujeres y tales hombres; arrodillémonos ante la ciudad sagrada, que con su prodigiosa resistencia salvó á la Francia.

A pesar de lo que hizo el enemigo, hay quizá misterioso restablecimiento de equilibrio en este hecho. La Francia disminuida, pero Paris más grande.

¡Que la hermosa alma que subió á los cielos, que acaso está presente y me oye, quede complacida al ver que todas las veneraciones rodean al cuerpo que la encerró! Desde lo alto de la serenidad desconocida pude contemplar cómo se agrupan todos los corazones llenos del afecto que la profesaban, á los amigos respetuosos que la glorifican, á su admirable marido que la llora. No se borrará nunca en nosotros su recuerdo apacible y doloroso, que alumbrará nuestro crepúsculo. Un recuerdo es una claridad.

Que el alma eterna acoja en la suprema morada á esta alma inmortal. La vida es el problema, la muerte es la solución. Repito, y con esta repetición terminaré este adiós lleno de esperanza, que la tumba no es tenebrosa ni está vacía. Encierra la gran claridad. Permítaseme volver la vista hácia ella. El que casi se puede decir que ya no vive en el mundo, porque la muerte le arrebató ya todas sus ambiciones, tiene el derecho de saludar en el fondo de lo infinito, en el siniestro y sublime deslumbramiento del sepulcro, al astro inmenso, á Dios."

XIX.

A los demócratas italianos.

Los periódicos publicaron un telegrama que los demócratas italianos dirigie-

ren á Víctor Hugo; éste les contestó lo que sigue:

“Doy las gracias á mis hermanos los demócratas de Italia. Esperemos la gran emancipacion. La Italia y la Francia tienen la misma alma, la alma romana, la República. La República, que es el pasado de la Italia, es el porvenir de la Francia y de Europa. Desear la República de Europa, es desear la federacion de los pueblos, y la federacion de los pueblos es la suprema realizacion del orden en la libertad; es la paz.

Orden, libertad, paz, eso es lo que la monarquía busca, pero que solo la República encontrará.

VÍCTOR HUGO.,

XX.

Por un soldado.

Deseo que el siguiente hecho no pase desapercibido.

Un soldado llamado Blanc, fusilero del 112.º regimiento de línea, de guarnicion en Aix, acaba de ser condenado á muerte por insulto grave á un superior.

Se anuncia la ejecucion de este soldado.

Esta ejecucion me parece imposible. Por qué? Voy á decirlo.

El 10 de Diciembre de 1873 los jefes del ejército, reunidos en Trianon en Consejo de generales, acordaron un hecho importante.

La abolicion de la pena de muerte para los militares.

Un hombre estaba delante de ellos: un soldado más responsable que todos; un mariscal de Francia. Aquel hombre en la hora suprema de las catástrofes habia faltado á su deber: habia humillado la Francia ante la Prusia; se habia pasado al enemigo de un modo indigno; pudiendo vencer, se habia hecho derrotar; tenia una fortaleza, la más fuerte de Europa, y la habia entregado; tenia banderas, honra de la historia de Francia, y las habia entregado tambien; estaba al frente de un ejército, el único que quedaba á la nacion, y le habia ofrecido agarrotado á los golpes de los sables alemanes, enviándolo prisionero de guerra á las casamatas de Spandau y de Magdebourg; habia perdido á la Francia pudiéndola salvar; librando á Metz, la ciudad vírgen, hubiera

salvado á Paris, la villa heroica. Aquel hombre habia asesinado á su patria.

El Consejo de generales juzgó que merecia la muerte, pero declaró que debia vivir.

Haciendo esto, ¿qué hizo el Consejo de generales? Lo repito, borrar la pena de muerte de la Ordenanza militar.

Decidir que de allí en adelante, ni la traicion, ni la desercion al enemigo, ni el parricidio, porque matar la patria es matar á la madre, fuera castigado con la pena de muerte.

El Consejo de generales hizo bien y nosotros le felicitamos.

¿Con qué razones podrá ahora aconsejar á sus entendidos y valientes oficiales que sostengan la pena de muerte por delitos militares? Se realiza una guerra en el porvenir; para esta guerra hace falta un ejército; para este ejército hace falta disciplina; la mejor disciplina es la lealtad; la más inviolable de las subordinaciones es la fidelidad á la bandera; el más monstruoso de los crímenes la felonía. ¿A quién se castigará sino al traidor? ¿Y qué soldado será castigado si no lo ha sido el general? ¿Quién será herido por la ley si no lo ha sido el jefe? ¿Dónde está el ejemplo si no está arriba? Esto, los jueces no lo han dicho, pero lo han pensado; y nosotros les agradecemos que hayan comprendido, dando el ejemplo, que ha llegado el momento de reemplazar en el Código militar la intimidacion por un sentimiento más digno del soldado, realzando de este modo el ideal militar y sustituyendo la cuestion de la vida con la cuestion de la honra.

Profundo progreso, de donde saldrá para las necesidades del porvenir un nuevo Código militar, más eficaz que el antiguo.

La pena moral sustituida á la pena material es más terrible. Prueba: Bazaine.

Sí; la degradacion basta. Donde hay vergüenza, la sangre vertida es inútil. El castigo es peor. Sumid al hombre culpable en el abismo. Esta es la sombría y eterna historia de Caín. Bazaine muerto, lleva detrás de sí una leyenda. Bazaine vivo, lleva consigo la noche.

El Consejo de guerra hizo bien.

Qué más se puede añadir?

Hoy el mariscal desaparece y se presenta un soldado.

Ya no tenemos delante de nuestros ojos al alto dignatario, ni la gran cruz de la Legion de Honor, ni al senador del imperio, ni al mariscal de Francia, sino

á un campesino. Ya no tenemos delante de nuestra vista al anciano general, lleno de aventuras y de años, sino á un hombre joven. No ya la experiencia, sino la ignorancia.

¿Habiendo perdonado al uno vais á castigar al otro?

Tales contrastes son posibles? ¿Es útil proponer esos enigmas á la inteligencia de los hombres? Esta comparacion es espantosa. ¿Es leal exponer ante la profunda honradez del pueblo confrontaciones de esta naturaleza? Por haber vendido su bandera, por haber entregado un ejército, por haber hecho traicion á la patria se pierde la vida; por haber abofeteado á un cabo se castiga con la muerte.

La sociedad no está vacía; hay ministros, hay un gobierno, hay una Asamblea; pero hay algo más que los ministros, hay algo más que la Asamblea, hay algo sobre todo eso; el derecho público. A él es á quien me dirijo.

El impuesto de sangre pagado hasta el extremo, era la ley de los regímenes antiguos; pero no puede ser la ley de la civilizacion moderna. Antes la choza estaba sin defensa; las lágrimas de las madres y de las esposas no eran oídas; las viudas lloraban en el mayor abandono; la postracion á consecuencia de las penalidades no se podia expresar; estas costumbres no son las nuestras. Hoy la piedad existe; el abandono de lo que vive en la sombra repugna á una sociedad que marcha siempre adelante; se comprende mejor el deber fraternal; se siente la necesidad, no de estirpar, sino de curar. Además, es un error creer que la revolucion dá por resultado el decaimiento de la energía social; por el contrario, quien dice sociedad libre, dice sociedad fuerte. La magistratura puede transformarse, pero para aumentar en dignidad y en justicia; el ejército puede modificarse, pero para adquirir honra. El poder social es una necesidad; el ejército y la magistratura son una vasta proteccion; mas á quién deben proteger? ¿A los que no pueden protegerse por sí solos, á los que están abajo, aquellos sobre los que pesa todo, los que ignoran, los que sufren? Los códigos, las Cámaras, los tribunales, este conjunto es útil; este conjunto es justo y bello, pero es necesario que toda esta fuerza tenga por ley moral majestuoso respecto á los débiles.

Antes solo habia grandes; ahora tambien hay pequeños.

Resumiendo: no se ha fusilado al ma-

risca de Francia; ¿se fusilará al soldado?

Lo vuelvo á repetir; esto es imposible. Yo, que hubiera intercedido por Bazaine, intercedo por Blanc. Yo, que hubiese pedido la vida del miserable, pido la vida del desgraciado.

Y si se quiere saber con qué derecho intervengo en este doloroso asunto, responderé: Con el inmenso derecho del primero que llega: el primero que llega es la conciencia humana.

El 26 de Febrero de 1875 Víctor Hugo publicó la anterior reclamacion, que atendieron.

En 1854, cuando estaba proscrito é intervino en favor del sentenciado Tapner, declararon los periódicos bonapartistas que, pidiendo Víctor Hugo la vida de Tapner, no se le debia conceder. Con motivo de la sentencia del soldado Blanc, se repitió hecho tan monstruoso. Algunos periódicos reaccionarios se dirigieron al gobierno pidiéndole que resistiera á la presion que trataba de ejercer Víctor Hugo, diciendo que ya que éste intercedia por el soldado Blanc, debian fusilarlo.

Los periódicos de 1875 no consiguieron lo que se proponian como los de 1854. Ahorcaron á Tapner, pero no fusilaron á Blanc. Le perdonaron la vida, conmutándole la pena por cinco años de prision, sin degradacion militar.

XXI.

Exequias de Edgard Quinet.

(29 Marzo 1875.)

Vengo ante esta fosa abierta á saludar á un alma grande.

Vivimos en una época en que gloriosamente abundan los escritores y los filósofos. El pensamiento humano se eleva en ella á altísimas cumbres. En una de ellas se colocó Edgard Quinet; la claridad severa de lo verdadero brilla en la frente de ese pensador. Por eso le saludo.

Le saludo porque era ciudadano, patriota y hombre; triple virtud: el pensador debe extender la fraternidad desde la familia á la patria y desde la patria á la humanidad; ensanchando de este modo el horizonte, el filósofo se convierte en apóstol. Saludo á Edgard Quinet porque

fué generoso y útil, bravo y clemente, convencido y tenaz, hombre de principios y hombre tierno, compasivo y altivo, altivo con los que reinan y compasivo con los que sufren.

La obra de Edgard Quinet es ilustre y vasta.

Ofrece el doble aspecto político y literario, y por consecuencia la doble utilidad que necesita nuestro siglo: la del derecho y la del arte; lo absoluto y lo ideal.

Bajo el punto de vista puramente literario, encanta al mismo tiempo que enseña; conmueve al mismo tiempo que aconseja. El estilo de Edgard Quinet es robusto y grave, lo que no le impide ser penetrante. Tiene un no sé qué afectuoso que le concilia con el lector; su profundidad, impregnada de bondad, le dá autoridad incuestionable. Quinet es uno de esos filósofos que se hacen comprensibles, hasta el punto de que obligan á obedecerles. Es sábio porque es justo.

Es un historiador con dotes de poeta. Lo que caracteriza los verdaderos pensadores es la mezcla de misterio y de claridad. Quinet tiene el dón profundo del pensamiento entrevisto. Compréndese que piensa, por decirlo así, más allá del pensamiento. Así son los escritores de la gran raza.

Quinet era un espíritu; quiero decir, uno de esos seres para los que la vejez no existe y que se engrandecen más cuantos más años cuentan. Sus más bellas obras son las últimas. Sus recientes libros *La Creacion* y *El Espíritu nuevo* ofrecen en el más alto grado el doble carácter actual y profético, que es el sello de las grandes obras. En una y en otra se encuentran la revolucion, que hace vivir á los libros, y la poesía, que los inmortaliza. De este modo el escritor vive á la vez en el presente y en el porvenir.

No basta escribir una obra, se necesita probarla; la obra la redacta el escritor, la prueba la hace el hombre. La prueba de una obra es el sufrimiento aceptado.

Quinet tuvo el honor de ser desterrado y la grandeza de amar el destierro. Molestar al tirano place á las almas altivas; ser proscrito es ser escogido; es ser escogido por el crimen para representar el derecho. El crimen hace resaltar á la virtud; el maldito elije al proscrito, como diciéndole: "Sé mi contrario...". De aquí nace una funcion. Funcion que Edgard Quinet cumplió soberbiamente. Vivió dignamente en la sombra trágica

del destierro, en la que Luis Blanc brilló y en la que murió Barbés.

No compadezcáis á esos hombres; han cumplido su deber. Porque cumplir su deber es representar á la Francia fuera de ella, es vencer á pesar de ser vencidos, sufrir por los que creen prosperar, fecundar la soledad del proscrito, sufrir con utilidad la nostalgia, adorar á su pátria oprimida, representar en pié lo que ha caído, el honor, la justicia, el derecho y la ley: al que cumple este gran deber nada le importan el sufrimiento, la soledad ni el abandono.

Adios, Edgard Quinet. Has sido útil y grande. Entra en la region de los recuerdos, venerable sombra querida del pueblo que tanto amaste. Adios.

La tumba es severa: nos arrebató las prendas de nuestro cariño y de nuestra admiracion. Que nos aproveche al menos para decir lo que es necesario.

Ante la tumba, la palabra del hombre es siempre sincera y solemne. Los hombres como Edgard Quinet deben servir de ejemplo, así por sus pruebas como por sus trabajos; porque ayudan en la vasta marcha de las ideas al progreso, á la democracia y á la fraternidad. La emancipacion de los pueblos es una obra sagrada: glorifiquémosla ante la tumba. Que la realidad celeste nos ayude á atestiguar la realidad terrestre. Ante la emancipacion de la muerte afirmemos la emancipacion de la revolucion, por la que tanto trabajó Quinet. Digámoslo aquí con afecto, pero tambien con altivez; digámoslo á los que desconocen el presente y niegan el porvenir; digámosles que hemos vencido el pasado en beneficio de todos, y que por lo tanto los luchadores magnánimos como Quinet deben ser los beneméritos del género humano. Ante tu sepulcro continuemos estas supremas leyes morales: que oiga su sombra generosa que proclamamos que el deber es bello, que la probidad es santa, que el sacrificio es augusto, que hay momentos en que los pensadores son héroes que levantan la revolucion en los espíritus, conducidos por Dios, y que los hombres justos son los que consiguen que sean libres los pueblos. La tumba, precisamente porque es oscura, tiene la majestad útil que conviene á la proclamacion de las grandes realidades de la conciencia humana, y como mejor se pueden emplear las tinieblas del sepulcro es sacando de ellas la luz.

XXII.

Al Congreso de la Paz.

El Congreso de la Paz se digna acordarse de mí y me llama, llamamiento que agradezco profundamente.

Solo puedo volver á decir á mis conciudadanos de Europa lo que he dicho ya muchas veces desde el año 1871, que tan fatal fué para todo el universo.

Actualmente sobresalen en la civilizacion dos esfuerzos contrarios: el de Francia y el de Alemania; cada uno de ellos desea crear un mundo. Alemania quiere que todo sea Alemania y Francia quiere que todo sea Europa. La Alemania pretende construir un vasto imperio y la Francia una invencible democracia. No dudeis que entre el mundo tenebroso y el mundo radiante, el porvenir ha elegido ya.

El porvenir dará á la Alemania y á la Francia lo que las corresponde; devolverá á la una su parte del Danubio y á la otra su parte del Rhin, y concederá á las dos el dón magnífico de la Europa, es decir, la gran República federal del continente.

Los reyes se alían para combatirse y firman entre ellos tratados de paz, que les arrastran á casos de guerra, y de esto resultan las monstruosas interpretaciones de las fuerzas monárquicas contra los progresos sociales, contra la revolucion francesa, contra la libertad de los pueblos. De esto resultan Wellington y Blücher, Pitt y Cobourg y el crimen llamado de la Santa Alianza; porque quien dice alianza de reyes, dice alianza de buitres. Esta fraternidad fratricida terminará, y á la Europa de reyes coligados sucederá la Europa de los pueblos unidos.

Tengamos fé y esperemos en el porvenir.

Hasta entonces no tendremos paz; lo digo con dolor, pero con firmeza.

La Francia desmembrada es una calamidad humana. La Francia no se pertenece á sí misma, pertenece al mundo; para que el crecimiento humano sea normal, es preciso que la Francia esté íntegra; si le falta una provincia, le falta una fuerza al progreso, le falta un órgano al género humano. Su mutilacion mutila á la civilizacion.

Hay hoy fracturas en todas partes, como por ejemplo en la Herzegowina.

No es posible dormir teniendo abiertas las llagas de Polonia, de la Creta, de Metz y de Estrasburgo; con el restablecimiento del imperio germánico en pleno siglo diez y nueve, viendo que Berlin viola á Paris, que la ciudad de Federico II insulta á la ciudad de Voltaire, viendo proclamadas la santidad de la fuerza y la equidad de la violencia y el progreso abofeteado en la mejilla de Francia. Para pacificar es preciso antes tranquilizar, y para tranquilizar es necesario satisfacer. La fraternidad no es un hecho superficial. La paz no es una superposicion.

La paz es una resultante. No puede decretarse que la haya, como no puede decretarse que salga la aurora. Cuando la religion esté íntegra y la justicia sea verdadera; cuando las fronteras se borren de las naciones y se restablezcan entre el bien y el mal; cuando cada hombre haga de su propia probidad una especie de pátria interior, entonces, como surge el dia, surgirá la paz; y así como el dia aparece al salir el astro, así aparecerá la paz por medio de la ascension del derecho.

Tal es el porvenir. Yo le salude.

VICTOR HUGO.

Paris 9 Diciembre 1875.

XXIII.

El 16 de Enero de 1876 nombró á Victor Hugo el Consejo municipal delegado de Paris para las elecciones senatoriales. Dirigió entonces á sus colegas, los delegados de todas las municipalidades de Francia, la carta siguiente:

"EL DELEGADO DE PARIS Á LOS DELEGADOS DE LAS 36.000 MUNICIPALIDADES DE FRANCIA.

Electores de las municipalidades de Francia, os voy á decir lo que Paris espera de vosotros.

A pesar de lo mucho que sufrió esta noble ciudad, cumplió con su deber. En Diciembre de 1851 el imperio se apoderó de ella á la fuerza, y despues de intentar todo para vencerla, lo intentó todo para corromperla; corromper es la verdadera victoria de los déspotas, cuyo medio de reinar consiste en degradar las conciencias y en envilecer los corazones; en convertir el crimen en vicio é inficionarlo en la sangre de los pueblos; en un plazo dado, el cesarismo concluye por